

LA INDEPENDENCIA DEL ESCRITOR HISPÁNICO Y LA REVOLUCIÓN CUBANA
(POSICIONES Y TESTIMONIOS ANTEIORES AL CASO «CASO PADILLA»)

Pablo Sánchez
Universidad de Sevilla¹

Quizá nunca como en la década de los sesenta del siglo XX la cuestión de la independencia del escritor ha estado tan claramente en el centro de los debates críticos, las expectativas lectoras e incluso las poéticas latinoamericanas. El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 abrió nuevas perspectivas políticas para todo el continente latinoamericano y muchos escritores se encontraron ante la oportunidad o incluso la obligación moral de participar activamente en un proceso ilusionante que aspiraba a resolver todas las demandas históricas de la región. El optimismo político derivado de la fase voluntarista y original de la Revolución en sus primeros años coincidió con el prestigio internacional del compromiso sartriano como modelo ético del escritor y con otros factores también excepcionales, como la expansión editorial de la narrativa latinoamericana, convertida en el orgullo triunfal de la cultura del continente. La quiebra de ese optimismo ha sido relatada en múltiples ocasiones y todas las explicaciones coinciden en la importancia del «caso Padilla» de 1971 como estridente fin de una etapa de cohesión de la intelectualidad internacional en torno a la Revolución y la autonomía del escritor. Como sabemos, la controversia sobre la Cuba castrista no terminó ahí y de hecho aún continúa en diversos focos y plataformas, pero sí se cerró un ideal colectivo de la intelectualidad particularmente latinoamericana,

1. Esta investigación ha sido posible gracias al Subprograma Ramón y Cajal del Ministerio de Ciencia e Innovación.

que fue bastante eficaz en términos de intercomunicación cultural durante los años previos.

La bibliografía sobre el tema es abundante y muchos de los casos particulares de relación con la Cuba revolucionaria son muy conocidos por su repercusión incluso en los medios de comunicación: así conocemos bastante bien las posiciones públicas, incluidos los entusiasmos y/o los desencantos, en los casos de Vargas Llosa, García Márquez, Edwards, Benedetti o Cortázar, por mencionar a algunos de los más importantes entre los no cubanos. Pero el protagonismo de estos escritores en las polémicas quizá ha oscurecido la significativa participación de otros muchos, especialmente en los primeros años de armonía entre intelectuales y revolución. Porque una gran parte de la intelectualidad latinoamericana, y no sólo la más claramente de izquierdas, tuvo en alguna ocasión alguna forma pública de complicidad con Cuba, y esa relación, a veces más militante y a veces más turística, ha deparado también una cierta cantidad de textos que documentan el prestigio inicial de la Revolución y los argumentos con los que los escritores intentaron sumarse al proceso.

Esa producción textual presenta significativas coincidencias ideológicas y simbólicas, hasta el punto de crear casi subgéneros temáticos de la literatura no ficcional como el diario o la crónica de viaje a Cuba, modelo habitual utilizado por bastantes escritores. Se trata de textos en los que, como veremos, predomina la función informativa e ideológica sobre la estética, y de hecho muchos aparecieron en medios periodísticos, pero, a pesar de su desigual interés retórico, son reveladores de la fuerza con que Cuba concentró intereses y tendencias de diversos sistemas literarios a partir de una idea utópica. Cuba tentó a los escritores ofreciéndoles la oportunidad de observar de manera aparentemente libre la experiencia revolucionaria y esa oferta provocó, por ejemplo, la coincidencia provisional de escritores mexicanos que vieron inicialmente cierta homologación entre la revolución de su país y la cubana, junto a la élite del antifranquismo español, por citar algunos casos significativos de núcleos intelectuales que cooperaron temporalmente con Cuba y dejaron constancia de sus convicciones en textos como *La batalla de Cuba*, del mexicano Fernando Benítez (1960), o

Pueblo en marcha, de Juan Goytisolo (1962), perfectos ejemplos de ese entusiasmo inicial por una revolución que, sobre todo, parecía evitar los errores del socialismo soviético.

Conocemos hoy bastante bien la ruptura de ese proceso y la parte más polémica, pero quizá conocemos menos los argumentos y justificaciones ideológicas y literarias de la etapa previa de euforia. Me interesa especialmente encontrar pruebas de la capacidad de atracción y captación que ejerció la nueva realidad cubana, una atracción que adoptó la forma metafórica de un llamamiento a filas del escritor latinoamericano y que se desarticuló cuando, como ha señalado Jean Franco (2003), la idea histórica de *avant-garde* literaria empezó a adquirir un alarmante sentido literalmente militar y se amenazó seriamente a los intelectuales díscolos a través del ejemplo de la represión a Heberto Padilla. Antes de ese momento, no obstante, el testimonio de muchos escritores latinoamericanos avaló el proceso revolucionario a partir de una serie de argumentos bastante reiterativos: la amabilidad y eficacia de los miembros del aparato político-cultural de la Revolución, la originalidad del proceso político cubano frente al modelo soviético, su compatibilidad con la independencia y la libertad artísticas y, por supuesto, el liderazgo de los héroes épicos, sobre todo Fidel Castro.

En el proceso ascendente de la proyección internacional de la Revolución cubana, esos tiempos felices entre el escritor y el Estado que probablemente culminan con el Congreso Cultural de La Habana de 1968, jugaron un papel especialmente importante las famosas «Palabras a los intelectuales» de Fidel Castro, que se convirtieron en el marco ideológico de una deseable convivencia de los intelectuales y la Revolución, y la estrategia propagandística, de origen soviético, del llamado «turismo revolucionario», según la expresión de otro de los visitantes de Cuba, el escritor alemán Hans Magnus Enzensberger. Ese turismo (el sistema de los *delegaciya*, o delegados) era en realidad un sistema de visitas organizadas por las instituciones del régimen comunista con las cuales se pretendía contrarrestar la propaganda anticomunista, pero, como Enzensberger comentaba (1985), impedía, por su propia naturaleza mediatizada y burocratizada, el conocimiento espontáneo y directo de los problemas reales de la sociedad comunista. En el

caso cubano, hay que decir que la estrategia funcionó especialmente bien gracias a la actividad de Casa de las Américas, porque sus premios literarios y su revista crearon todo tipo de invitaciones que fueron generalmente aprovechadas por los intelectuales con curiosidad política y voluntad de establecer redes de comunicación literaria. A tenor de sus declaraciones y testimonios, la mayoría de esos intelectuales turistas salieron satisfechos y convencidos en esas primeras visitas y así La Habana se convirtió en un centro cultural de primer orden. A ello habría que añadir la labor de los gestores de esa política cultural, principalmente Roberto Fernández Retamar, que en esos años colabora con muchas revistas, desde *La Cultura en México* hasta *Marcha* o la española *Ínsula*, para dar a conocer la actualidad política y literaria de Cuba y su Revolución.

Hoy nos puede resultar muy ingenua e incluso frívola esa actitud por parte de los intelectuales, pero en aquellos años había una lógica política detrás de ese turismo revolucionario. Se trataba, sin duda, de una guerra propagandística en la que el antiimperialismo estadounidense actuó como factor aglutinador, permitiendo a Cuba crear un sólido frente internacional de apoyo que durante unos años aportó un buen número de testimonios favorables de escritores no cubanos (el matiz es importante) que, por supuesto, se sentían cómodos y libres dentro de la sociedad revolucionaria.

Un inmejorable ejemplo de cómo se trató de apoyar desde fuera de Cuba a la revolución y de cuáles fueron los argumentos utilizados es el volumen *Cuba: una revolución en marcha*, publicado a finales de 1967 por la editorial parisina antifranquista Ruedo Ibérico. El impulsor del proyecto fue el marxista español Francisco Fernández Santos, que había visitado Cuba a principios de ese año también para ser jurado de los premios literarios de Casa de las Américas. Fernández Santos le propuso a Fernández Retamar la publicación de un volumen muy completo de material revolucionario que sirviera para contrarrestar desde el exilio parisino las carencias informativas de la España franquista, y el fundador de Ruedo Ibérico, José Martínez, se empeñó en que el libro fuera finalmente «la aportación documental más completa y comprensiva aparecida hasta ahora en cualquier idioma sobre la Cuba revolucionaria» (Forment, 2000, p. 238). Efectivamente, el

volumen contiene quinientas páginas y en él se ofrece un panorama amplio de la historia de Cuba, de la guerra revolucionaria, de las bases teóricas y prácticas del castrismo y de los cambios socioeconómicos experimentados en la isla, con textos de José Martí, Fidel y Raúl Castro, Regis Debray y el Che Guevara, entre otros muchos. En la parcela cultural, se presentan artículos sobre el estado de las artes y el pensamiento en Cuba, así como antologías de poesía y narrativa con los principales nombres de la literatura cubana, incluidos Heberto Padilla en la sección de poesía y Guillermo Cabrera Infante en la sección de narrativa.

Lo que más nos interesa es el último capítulo, el que reúne los textos de autores no cubanos. Gracias a la mediación de Juan Goytisolo, ese capítulo reunió a españoles vinculados al Partido Comunista de España y a latinoamericanos tan importantes como Benedetti, Vargas Llosa y Cortázar, en una perfecta muestra de la estrategia de cooperación internacional en torno a Cuba. El objetivo de todos esos textos es, evidentemente, divulgar una imagen positiva de la Revolución y demostrar que el artista de vanguardia no debe temer a la Revolución y que los intelectuales, especialmente los cubanos, pueden actuar con libertad sin miedo a la represión. A partir de esa posición, hay estrategias diversas: algunos como Vargas Llosa o el dramaturgo español Alfonso Sastre tratan de articular su defensa sin parecer excesivamente reverenciales o simplistas y asumiendo algunos problemas de la Revolución que consideran lógicos y subsanables, y otros procuran sobre todo que su testimonio sea de lo más convincente, mostrando su entusiasmo y relatando de modo muy referencial, con datos y fechas concretas, todos los pormenores de su viaje para transmitir la idea de que realmente han podido integrarse en la nueva realidad cubana y conocerla sin coacciones ni presiones.

Pero casi todos al final recurren a los mismos argumentos y a la misma retórica. Por ejemplo, llama la atención hoy la insistencia en un factor muy específico de naturaleza material: el viaje a Cuba era especialmente difícil por el bloqueo estadounidense y el boicot de los países de la OEA y por ello la experiencia del viaje confería inmediata legitimidad al escritor porque era una forma verificable de compromiso y desafío al imperialismo. Así, por ejemplo, Mario Vargas Llosa,

en su «Crónica de Cuba», que no fue incluida en la recopilación de *Contra viento y marea*, destacaba con satisfacción que:

ni el absurdo periplo que por ejemplo obliga a un venezolano a viajar hasta Praga o Madrid para llegar a La Habana, ni las represalias que muchos gobiernos latinoamericanos toman contra los ciudadanos que violan la interdicción (que figura en los pasaportes, como en el caso del Perú) han impedido a los artistas y escritores de este Continente llegar a la isla, comprobar con sus propios ojos lo que ocurre allí y dialogar o discutir con sus amigos cubanos» (1967, p. 509).

El novelista español Jesús López Pacheco y Francisco Fernández Santos también insistirán en la importancia del acto mismo de viajar como forma de resistencia y éxito frente al bloqueo, mientras que Julio Cortázar, en un anticipo de *La vuelta al día en ochenta mundos*, plantea toda la dimensión burocrática del viaje como la aventura de un cronopio. Cortázar, que ya había publicado el cuento «Reunión», es, de hecho, el menos referencial y posiblemente el más creativo de los autores de esta antología. Se refiere a Cuba elípticamente y evita tanto los ideogramas políticos más previsibles como las alusiones personales:

Desde hace tiempo hay un país donde los cronopios han sacado las tizas de colores que siempre llevan consigo y han dibujado un enorme SE ACABÓ en las paredes de los famas, y con letra más pequeña y compasiva la palabra DECIDETE en las paredes de las esperanzas, y como consecuencia de la conmoción que han provocado estas inscripciones, no cabe duda de que cualquier cronopio tiene que hacer todo lo posible por ir inmediatamente a conocer ese país (1967, pp. 483-484).

Si el viaje mismo como desplazamiento y gesto se convierte en tópico de la euforia porque es un éxito objetivo de la combatividad y la solidaridad americana

frente a las dificultades externas, la estancia en la isla tiene también elementos comunes en los testimonios. El mismo López Pacheco relata su esfuerzo por conocer la realidad cubana y por eso quiere viajar todo lo posible, especialmente por la provincia de Oriente; sin embargo, su impresión es ingenuamente positiva desde el primer momento, a su llegada al hotel Habana Riviera: «también en el ascensor —en el hotel, en sus dependencias— se puede entrever ya algo de la Revolución» (1967, p. 498). Los hoteles, lo volveremos a ver más adelante, se convierten en símbolos del igualitarismo revolucionario y del fin de la corrupción de la era Batista, y por tanto, adquieren un singular protagonismo en estos relatos, siempre para el turista extranjero. Quizá en esa prosperidad engañosa y superficial de la que disfrutaron los intelectuales extranjeros como invitados encontraremos una de las claves del éxito del turismo revolucionario y la extraordinaria capacidad de convocatoria de la Cuba castrista.

La singular felicidad de este periodo queda refrendada por otras muchas evidencias de *Cuba: una revolución en marcha*. José Agustín Goytisolo transforma en materia poética su amistad con el equipo femenino de organizadoras y colaboradoras de Casa de las Américas en «Quiero ser gato» (1967, p. 494-495), que aparecería después recopilado en *Algo sucede*, mientras que Mario Benedetti cree encontrar la prueba de que Fidel Castro representa la antítesis del dictador latinoamericano prototípico en su participación pública en un partido de béisbol (1967, p. 480). Pero la mayoría de los escritores no evita enfrentarse a la cuestión crucial: la autonomía del artista en la sociedad revolucionaria. Y el balance en 1967 para el escritor extranjero de izquierdas es absolutamente positivo: José Manuel Caballero Bonald recoge las tesis, entre otros, de Roberto Fernández Retamar sobre la escasa intervención de la vanguardia artística en el triunfo de la Revolución en 1959, pero su conclusión, después de estudiar la producción literaria cubana del momento, es que «la vanguardia artística se ha nivelado ya, por así decirlo, con la vanguardia política» (1967, p. 483), puesto que se ha evitado el riesgo del realismo socialista, como demuestra la obra, entre otros, de Heberto Padilla, cuyo nombre, como vemos, empieza a adquirir cierta importancia fuera de Cuba.

Vargas Llosa, por su parte, todavía parece pensar, a tenor de sus palabras de 1967, que en Cuba no se han impuesto el espíritu sectario y el dogma y que la independencia del escritor está asegurada. Para él, la política cultural es uno de los aspectos en los que la Revolución ha supuesto un progreso objetivo por muchos motivos pero también porque «ni en la literatura, ni en las artes plásticas, ni en el cine, ni en la música los dirigentes cubanos han tratado de imponer ningún tipo de modelo oficial (...) Cuba ha demostrado que el socialismo no estaba reñido con la libertad de creación, que un escritor y un pintor podían ser revolucionarios sin escribir mamotretos pedagógicos y pintar murales didácticos, sin abdicar o traicionar su vocación» (1967, p. 510). Cuándo empezó a cambiar de opinión Vargas Llosa es, evidentemente, difícil de saber, aunque todo apunta a que en esos últimos años de la década el novelista peruano empezó a desengañarse por el giro autoritario de la Revolución.

Como sabemos, Benedetti no siguió ese camino y en 1967 trató de justificar el prestigio latinoamericano de la Revolución con un argumento que también forma parte del código apologético de los intelectuales: la originalidad de la Revolución como primera revolución marxista del continente y su diferencia cultural con respecto a los modelos socialistas de otros continentes. Benedetti lo define con un argumento casi antropológico: «la gran lección de Cuba es haber hecho una revolución que se adapta al temperamento nacional y que aprovecha directamente las virtudes innatas del cubano» (1967, p. 481).

Así podemos ver el estado de cohesión de la izquierda hispánica a la altura de 1967 y la diversidad de argumentos a los que recurren los escritores dentro de la línea prioritaria que todos asumen: la valoración positiva de la Revolución, a pesar de algún motivo para el pesimismo como la muerte del Che Guevara. Sin embargo, 1968 será un primer año difícil, por el apoyo de Fidel Castro a la invasión de Checoslovaquia y otros hechos como su inhibición con motivo de la matanza de Tlatelolco en México. El apoyo de algunos intelectuales españoles (Juan Goytisolo, por ejemplo) y mexicanos empieza a agrietarse y tres años después explotará en el famoso «caso Padilla».

Sin embargo, las crónicas de viaje a Cuba continuarán con la participación de autores tan diversos como Enrique Lihn, Max Aub o Ernesto Cardenal, por citar algunos ejemplos de autores que publican textos sobre Cuba en los años siguientes. Por razones evidentes de tiempo, no puedo analizar todo ese corpus, pero me gustaría analizar brevemente otros dos ejemplos muy distintos entre sí de esa época de general optimismo (la «luna de miel»), dos textos que aportan nuevas evidencias de cómo afectó la Revolución Cubana a los distintos sistemas literarios latinoamericanos y sobre todo cómo afectó a autores que podríamos considerar políticamente heterodoxos. Porque en esos años la política revolucionaria fue bastante flexible con los intelectuales, lo que permitió intervenciones excéntricas e incluso escandalosas como la muy famosa de Allen Ginsberg en 1965.

Los heterodoxos que aquí nos interesan representan además casos de Argentina y México, lo que confirma el alcance muy diverso de la hospitalidad revolucionaria. El primero de esos textos es «La isla de Fidel», el relato que Leopoldo Marechal realizó de su visita a Cuba en 1966, también para ser jurado de un premio de Casa de las Américas; curiosamente, en ese viaje a La Habana Marechal se reencontraría, después de veinte años, con Julio Cortázar, que igualmente formaba parte de ese jurado, como Juan Marsé y José Lezama Lima (el premio lo ganaría otro argentino muy vinculado a la Revolución, David Viñas). El texto de Marechal, destinado a la revista *Primera Plana*, no pudo ser publicado en vida del autor por motivos de la censura militar y apareció publicado en 1974 en *Primera Plana* y en la revista española *Índice*, de donde cito. En él Marechal explica su descubrimiento personal de lo que llama «la experiencia económico-social más fascinante de esta segunda mitad de siglo» (1974, p. 27) y por supuesto reitera muchos de los tópicos del viaje a Cuba: las dificultades burocráticas para llegar a la isla, las anécdotas hoteleras y el ambiente igualitario en los espacios expropiados: «poetas y escritores de Iberoamérica están sentados a la mesa de periclitados banqueros; nalgas líricas o filosóficas sustituyen en los sillones dorados a las nalgas macizas del capitalismo» (1974, p. 28).

También hay, por supuesto, etopeyas de Fidel Castro, viajes por el país dentro del turismo revolucionario, contactos con anfitriones como Haydée Santamaría,

directora de Casa de las Américas y personaje, como sabemos, decisivo en la red de relaciones culturales de la década, y el tópico del voluntarismo revolucionario de raíz genuinamente cubana: «está dándose aquí, evidentemente, un comunismo sui generis, o más bien una empresa nacional «comunitaria» que deja perplejos a los otros Estados marxistas, en razón de su originalidad fuera de serie» (1974, p. 30). Pero lo más interesante no es la reiteración de ese discurso agradecido y optimista, sino el hecho de que proceda de un escritor que se autodefine como católico, lo que se convierte en una prueba más de cómo la Revolución trató de captar a todos los escritores hispánicos interesados en compartir la experiencia revolucionaria y dar una visión aparentemente objetiva. El propio Marechal explica cómo fue atraído y venció su inicial asombro por la invitación: «¿cómo puede ser —me dije— que un Estado marxista-leninista invite a un cristiano viejo como yo, que además es un antiguo «justicialista» hombre de tercera posición?» (1974, p. 27). La visita de Marechal hay que entenderla como un triunfo de la política cultural de La Habana, que demostraba su capacidad de atracción fuera de los escritores más visiblemente asociados al marxismo y por tanto aparentaba evitar el riesgo del dogmatismo y la parálisis doctrinaria.

Pero no siempre la estrategia cultural de La Habana obtuvo resultados tan eficaces en su labor de atracción de los intelectuales a la propaganda revolucionaria. En el amplio espectro de reacciones, mención aparte merecería Jorge Ibargüengoitia, ejemplo perfecto de visitante heterodoxo. En 1964 ganó precisamente el premio Casa de las Américas de narrativa por *Los relámpagos de agosto*. Publicó un relato de sus quince días en la Cuba revolucionaria con motivo de la entrega del premio, pero su crónica, publicada en *Revista de la Universidad*, después en *Viajes a la América ignota* y felizmente reeditada, con prólogo de Juan Villoro, en el reciente volumen *Revolución en el jardín*, contrasta significativamente con la gratitud y el tono reverencial y optimista de los otros escritores que aquí hemos visto. Elude no sólo el triunfalismo político, sino en general el análisis pretendidamente objetivo e ideologizado que otros escritores habían hecho; se limita a observar minuciosamente la cotidianidad cubana y encontrar detalles absurdos, grotescos o simplemente antiépicos. Si la novela

premiada era una parodia de la Revolución mexicana, la crónica es una visión burlona y desmitificadora de la Revolución cubana y sus espejismos. Por ejemplo, describe con ironía la lucha propagandística en la que se ve involucrado sin tener realmente las convicciones necesarias, a diferencia de la mayoría de los casos que aquí hemos visto:

Yo era celebridad en Cuba. En los diez días que estuve en La Habana me hicieron catorce entrevistas periodísticas. Catorce veces me preguntaron de qué trataba, por qué la escribí y qué opinaba de la Revolución Cubana. Las entrevistas no tenían por objeto informar a los cubanos de mis procedimientos literarios, ni de mis aspiraciones, sino simplemente informar que había un escritor muy importante, que se llamaba Jorge Ibargüengoitia, que estaba admirado con la Revolución Cubana (2008, p. 61).

Todos los elementos de la estrategia institucional revolucionaria son sometidos al prisma irónico: los hoteles vuelven a ser el espacio prioritario, pero el escritor observa detalles menos optimistas: «le di un peso al botones con la esperanza de que por convicción marxista lo rechazara; pero me dio las gracias, se lo guardó en el bolsillo y se fue» (2008, p. 51). Es un invitado oficial del gobierno y por tanto tiene privilegios, como los guías que le enseñan el país, y ve «a muchos intelectuales latinoamericanos discutiendo el porvenir de la humanidad, tratando de decidir a qué cabaret iban», mientras él se encuentra sin dinero y con problemas para conseguir algunos productos de primera necesidad en una sociedad en ocasiones caótica: «se dio el caso de que yo entrara en un lugar y pidiera un ron con agua, antes de darme cuenta de que estaba en una panadería» (2008, p. 55). Sin recurrir a argumentos ideológicos ni polémicos y sin predicar sobre las funciones y deberes del escritor, Ibargüengoitia ofrece un retrato excepcional de las confusiones de una nueva sociedad en la que el voluntarismo no puede encubrir las improvisaciones. La fusión entre vanguardia artística y vanguardia política, preocupación esencial en la época, se vuelve cómica en el relato del

escritor guanajuatense, que absurdamente llega a verse envuelto en debates sobre la reforma agraria que ni los propios técnicos cubanos parecen entender bien.

Visto con perspectiva, el relato de Ibargüengoitia ocupa un lugar único en la larguísima lista de textos autobiográficos sobre la Cuba revolucionaria, al plantear, en plena década de los sesenta, una visión de la revolución marcada sorprendentemente por presentar a un intelectual no heroicamente comprometido sino perdido y enajenado, y marcada también por la ausencia de agresividad ideológica, que es sustituida por el escepticismo humorístico. Se trataría de una vía alternativa a la habitual polarización de los testimonios sobre Cuba; una vía que, todo hay que decirlo, no han seguido muchos escritores ni en los sesenta ni en décadas posteriores. Pero a pesar de esa diferencia esencial, la toma de posición distanciada del escritor mexicano confirma una vez más la importancia del viaje a Cuba como reto para el intelectual latinoamericano e incluso español en una época en la que la Revolución tenía una gran autoridad moral. En esos años previos al «caso Padilla», el escritor latinoamericano trató de opinar libremente, con más o menos entusiasmo, y de conocer los límites de la Revolución. Y la propia Revolución trató de ampliar el círculo de sus afectos más allá de los claramente ortodoxos. El endurecimiento del castrismo y su hostilidad a los intelectuales no totalmente comprometidos acabaría quebrando esa relación en 1971; por ello precisamente los textos aquí reunidos son ejemplos de una etapa única de cooperación literaria e ideológica. El turismo revolucionario puede inspirarnos hoy muchos juicios morales más o menos severos, pero lo que no puede negarse es su importancia como parte de un fenómeno que modificó significativamente el campo literario latinoamericano.

Bibliografía

- Benedetti, Mario, «La gran lección de Cuba» (1967), en Francisco Fernández-Santos, *Cuba: una revolución en marcha*, París, Ruedo Ibérico, pp. 479-481.
- Caballero Bonald, J.M., «Sobre la literatura revolucionaria cubana» (1967), en Francisco Fernández-Santos, *Cuba: una revolución en marcha*, París, Ruedo Ibérico, pp. 481-483.
- Cortázar, Julio (1967), «Viaje al país de los cronopios», en Francisco Fernández-Santos, *Cuba: una revolución en marcha*, París, Ruedo Ibérico, pp. 483-485.
- Enzensberger, Hans Magnus (1985), *El interrogatorio de La Habana y otros ensayos*, Barcelona, Anagrama, 2º ed.
- Forment, Albert (2000), *José Martí: la epopeya de Ruedo Ibérico*, Barcelona, Anagrama.
- Franco, Jean (2003), *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, Barcelona, Debate.
- Goytisolo, José Agustín (1967), «Quiero ser gato», en Francisco Fernández-Santos, *Cuba: una revolución en marcha*, París, Ruedo Ibérico, pp. 494-495.
- Ibargüengoitia, Jorge (2008), *Revolución en el jardín*, prólogo y edición de Juan Villoro, Barcelona, Reino de Redonda.
- López Pacheco, Jesús (1967), «Cuba entrevista», en Francisco Fernández-Santos, *Cuba: una revolución en marcha*, París, Ruedo Ibérico, pp. 497-504.
- Marechal, Leopoldo (1974), «La isla de Fidel», *Índice*, 348-349, pp. 27-32.
- Vargas Llosa, Mario (1967), «Crónica de Cuba», en Francisco Fernández-Santos, *Cuba: una revolución en marcha*, París, Ruedo Ibérico, pp. 508-510.